

Álvaro Enrigue

Ahora me rindo
y eso es todo



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Álvaro Enrigue

Ahora me rindo
y eso es todo



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

*A Valeria,
Maia, Dylan y Miquel*

Esta gigantesca derrota de la libertad a manos de la
geometría.

JOSÉ REVUELTAS

Libro I
Janos, 1836

Al principio las cosas aparecen. La escritura es un gesto desafiante al que ya nos acostumbramos: donde no había nada, alguien pone algo y los demás lo vemos. Por ejemplo la pradera: un territorio interminable de pastos altos. No hay árboles: los mata el viento, la molicie del verano, las nieves turbulentas del invierno. En el centro del llano, hay que poner a unos misioneros españoles y un templo, luego unos colonos, un pueblo de cuatro calles. Alguien pensó que ese pueblo era algo y le puso un nombre: Janos. Tal vez porque tenía dos caras. Una miraba al imperio español desde uno de sus bordes, el lugar donde empezaba a borrarse. La otra miraba al desierto y sus órganos: Apachería.

En algún momento el sitio resultó estratégico: tenía pozos artesianos. Mandaron unos soldados, construyeron un presidio para amedrentar a los habitantes originales del terreno y darles una sensación de seguridad productiva a los colonos que ya habían dejado de ser españoles y ahora eran criollos, negros, keraleses, lombardos, chinos, irlandeses. Llegaban pocas migrantes, así que se casaban con indias, sus hijos ya eran otra cosa: chihuahuenses, mexicanos, sabrá Dios. Luego otro sintió que debería medrar con el trabajo de los ganaderos, los comerciantes, el panadero y la maestra y puso una alcaldía que aunque estaba en el centro parecía que había quedado afuera solo porque Janos era tan chico que no tenía periferia. O sí tenía periferia, pero ni contaba ni se recuerda: eran pueblos de indios, se les llamaba goteras, a veces rancherías.

En la zona estaban habitadas por grupos pacíficos de janeros, conchos, ópatas esporádicos de la sierra. Se les llamaba indios de razón porque dejaron de ser nómadas y se integraron al ciclo productivo europeo. Más allá de las casas de los criollos y mestizos de los pueblos de Chihuahua, Sonora, Nuevo México, más allá todavía de las goteras que nutrían y se nutrían de esas villas, estaban los indios de guerra: sobre todo apaches, rarámuris y yaquis –enemigos acérrimos entre sí–, cuyos conflictos intestinos habían permitido el relativo desarrollo de las colonias. Habían sido ellos quienes habían expulsado de la zona a los comanches, brutales señores inmemoriales del desierto, ahora concentrados más allá del Paso del Norte.

Janos todavía existe, con su templo y su alcaldía, pero sin goteras. Esa guerra, la guerra contra todos los apaches, sí la ganamos, aunque preferimos no recordarla porque nos da vergüenza. Janos está hoy en Chihuahua, México.

Esta historia empieza en las praderas que agobian al pueblo. Un lugar al que llega tan poca gente que todavía hay bisontes americanos. Hay que poner las montañas azules en la distancia remota, los muros de piedras sin cemento separando ranchos de vacas que cada tantos años se mueren de sed porque hubo sequía. Hay que poner las serpientes de cascabel, las cabras cimarronas, los coyameles, las codornices, los escorpiones amarillos del tamaño de una mano de niño, los coyotes, todos cobijados por el chaparral de juníperos y acacias, las yucas despuntando de vez en cuando, desgredadas. En ese valle tan recio, de pronto una vereda y la espalda de una mujer que corre, una mujer de hierro, vestida de punta en negro. Mira hacia atrás.

Sin dejar de correr, Camila se abre el peto del vestido negro, se saca los brazos de las mangas, se arranca el listón y deja que el traje de una pieza se le resbale mientras avanza a trancos de yegua. Se tropieza, pero no se cae, sigue corriendo. Se siente bajo el fondo el corpiño de algodón que por fortuna no almidonaba. Lo desata trajinándose la espalda sin bajar el paso. Se descorre los tirantes del fondo y se saca el corsé por la cabeza sin quedar desnuda, lo deja pendiente de un arbusto, se acomoda de nuevo los listones sobre los hombros. Sigue corriendo. Debajo solo tiene unas enaguas pardas, que se disuelven mejor en el color quemado de la vegetación, tan tiesa en el otoño. Corre. Pierde un tiempo valioso cuando se acuclilla para quitarse los botines, pero con las piernas liberadas y los pies descalzos puede ir más rápido. Las enaguas se le pegan a las nalgas: se hizo pipí de miedo. Corre otra vez, la quijada tensa, el cuello tenso, los hombros una tabla. Piensa que vestida solo en fondos se puede ocultar mejor entre las matas si se hace bolita y se queda quieta. Pero todavía puede correr un poco más, escapar, salvarse, como había hecho tantas veces.

El teniente coronel José María Zuloaga era un hombre del monte, así que le encantó recibir las órdenes que lo ponían a recorrer sin reparo ni límite de tiempo los peladeros que adoraba. Nada más recibir la carta que le llegaba desde la capital del estado se puso su chaqueta con flecos de huellero comanche, su cinturón con dos pistolas y cartucheras, su fedora de alas curvas y cerró su comandancia polvosa, solitaria y en realidad inútil para hacerse a recolectar irregulares con ganas de salir en una expedición serrana.

Ir en la persecución de un grupo de apaches era idéntico a salir de caza: una oportunidad para enloquecer por los llanos con los amigos, barnizada de alta responsabilidad civil en defensa de la joven patria. Ya estaba por montarse en su caballo, un alazán presumido y resistente como él, cuando volvió a la oficina,

dobló la carta y se la metió en la bolsa del pecho de la camisa de franela gris para mostrársela a su mujer, como prueba de que se iba por órdenes superiores.

Se quitó la sonrisa de gloria que traía puesta y fue ensayando caras de congoja para quebrar las noticias: como todas las chihuahuenses, su esposa tenía un carácter de la chingada. En la única fotografía en que aparecen juntos, está claro que ambos eran guapos y fieros, él con el pelo incontrolable de los que la pasan bien en cualquier circunstancia, sentado unos centímetros detrás de ella, que aparece de pie: mantilla oscura, traje negro, severo, guantes impecables y una cara de impaciente que no podía con ella.

Los hombres que Zuloaga solía juntar en sus expediciones eran como él, no soldados de casaca y kepí como los que se habían ido a defender la alta California de una rumorada invasión del Zar de todas las Rusias, sino rancheros con pantalones gruesos de algodón, sombrero alado, botas terminadas en punta –esquineras, las llamaban: el filo una herramienta fundamental en el manejo del lazo–. Todos eran dueños de sus fusiles, sus balas y sus caballos. Se enlistaban a cambio de un salario nominal que sabían que nunca les iba a llegar. Sus expediciones para punir apaches solían ser largas, casi siempre estupendas. Seguir esas huellas era ingresar a territorios escarpados con poco peligro: salvo en los casos excepcionales en que los indios se descuidaban, las fuerzas irregulares nunca los podían encontrar. A veces tenían una escaramuza, baleaban a una mujer, un niño, rescataban a algún cautivo que los apaches dejaban atrás para distraerlos. Cuando regresaban a los pueblos los periódicos los llamaban, en lugar de «irregulares» o «rurales» –como se decía en el centro del país–, «nacionales», un epíteto que les llenaba la boca.

Zuloaga tuvo el mejor expediente de su generación combatiendo contra los apaches tal vez solo porque su interés de cazador lo distanciaba del tópico tan vulgar de la justicia: no entendía su oficio como el de un vengador de la entelequia rapaz que es el Estado, sino como un juego.

Salió de Buenaventura al despunte del día siguiente, sin rurales: en el pueblo ya todas las esposas estaban hartas de sus expediciones, tan onerosas para las familias locales porque implicaban que los hombres dejaran sus ranchos por periodos que se podían prolongar durante semanas, además de que había que mandarlos con insumos, siempre escasos en la región. Salió, entonces, acompañado solamente por su padre, militar retirado, que se le unió más bien porque le daba tristeza verlo irse sin compañía rumbo a Casas Grandes. El viejo le dijo, para no herir su vanidad de huellero con un puesto más bien imaginario en el ejército de la flamante República Mexicana, que lo acompañaba por un par

de días y así podía pasar a La Tinaja a ver a los parientes que se habían quedado ahí y que tenían el encanto de ya ser medio indios de tanto comerciar con los janeros.

El teniente coronel José María Zuloaga había leído en el despacho que le llegó de la ciudad de Chihuahua que el asalto había sucedido varios meses antes y entendía que la persecución era, en realidad, inútil: para cuando encontrara a los perpetradores del robo esas vacas ya iban a estar, literalmente, hechas mierda – cortadas, cocinadas, comidas y trituradas por los estómagos imposibles de satisfacer de los apaches—. ¿Pus que no hay presidio en Janos?, preguntó su padre mientras se ponía su chaqueta negra de dragón del ejército imperial. Aunque la prenda tenía faldón plisado, botonadura dorada y cordones en el peto, estaba ya tan descolorida que parecía nomás un abrigo de señorito venido a menos. Ha de estar vacío, como el de aquí, respondió su hijo. ¿Y los nacionales de allá? Zuloaga se alzó de hombros, considerando que el tema no daba para gastar saliva. Como el recorrido era de poco más de veinticinco millas, se detuvieron al mediodía en un médano sombreado del río Santa María a cazar torcazas y cocinarlas. A los caballos no les gustaba avanzar bajo el sol de esa hora aunque estuviera comenzando el invierno e hiciera frío.

Llegaron a Casas Grandes poco antes de que oscureciera, cargando los restos de tres berrendos jóvenes que se les cruzaron por la tarde. La idea era hacerlos barbacoa al día siguiente. Compramos mezcal y ofrecemos tacos, dijo el viejo mientras los ataban a los caballos,. Con eso ya enlistaste a diez tarados y yo me voy sin culpa a La Tinaja.

Vista así, desde el siglo XXI y corriendo ligera de ropa por el llano como una endemoniada, Camila, viuda de Ezguerra, es una mujer atlética y dueña de su cuerpo, aunque para los hombres de su tiempo era solo enjuta.

Había tenido una infancia más o menos triste, pero no solitaria, en el rancho de sus tíos, en el que su rol de prima huérfana y arrimada la había dejado un poco del lado de las goteras, separada con fineza de la familia y más cerca de la servidumbre. Dormía en la casa de los señores y comía en su mesa, pero jugaba con los niños jicarilla y concho de los peones y criadas, de ahí que supiera correr como un guepardo y tuviera un oído fino para las lenguas del chaparral. Siempre fue muscular e independiente, como si en realidad hubiera pasado toda su vida sabiendo que su hora clave se iba a jugar en una carrera desesperada por el llano.

Camila se había casado con Leopoldo Ezguerra cuando ya todos daban por sentado que se iba a quedar a vestir santos. Se habían casado en la parroquia de

la Soledad de Janos –un nombre apenas adecuado para ese manchón de casas que era el pueblo en los años treinta del siglo XIX.

No era el más prometedor de los matrimonios: Ezguerra tenía para entonces sesenta y siete años y sus nupcias con Camila eran las terceras. Necesito que alguien me cuide, le había dicho él en las mesas de tablones que se ponían los domingos en el espacio que hubiera sido la plaza central del pueblo si el pueblo hubiera sido lo suficientemente grande para tener un centro diferenciado y que, por su falta, se ponían sobre la avenida en que estaba el templo y que se llamaba Primera aunque no hubiera una Segunda. La cruzaban tres calles que no terminaban en otras avenidas sino en el llano. Ezguerra necesitaba una mujer que llevara el rancho que ya no tenía fuerzas para administrar él mismo en lo que alguno de sus hijos se animaba a volver a Janos para heredarlo.

Nadie supo, hasta que tuvo treinta y cuatro años, que Camila no era flaca sino recia. Nadie nunca mostró curiosidad por su cuerpo ni en el mundo con notarios y doctores de su natal Casas Grandes, ni en el internado del Sagrado Corazón de Tepic en que se hizo mujer entre mujeres, ni en Guadalajara, donde llevó la contabilidad de un colegio de teresianas, ni en Janos, adonde llegó a trabajar de preceptora de una familia pudiente cuando todavía estaba en edad de merecer. Tampoco sucedió en la casona del rancho Ezguerra, donde nunca cogió con su marido aun si la batalla de ambos contra lo diario era tan conmovedora y desgastante como un matrimonio de verdad.

A don Leopoldo le había gustado desde que la notó atareada en su trabajo de institutriz, tratando de meter al orden a los niños insoportables del joven heredero de la botica del pueblo en los tablones de la Primera Avenida. La encontró interesante, pero para notararlo había que ser ya una tortuga: haberlo visto todo, portar caparacho, ir sin prisa, ver ya de lejos la raya que separa la curiosidad de la experiencia. Camila tenía veintiocho, tardísimo para un tiempo en que las mujeres codiciables se solían morir de parto y mal clima durante la adolescencia.

Era una mujer alta, los hombros se le habían hecho vastos nadando en los ojos de agua con los niños de los peones indios –un placer que se seguía dando cuando podía–, y tenía una espalda larga que se abría en unas caderas que desmentían los vigores un tanto viriles de sus piernas y brazos. Tenía las tetas chicas y despiertas, los ojos marrones, la boca pronunciada de los que tuvieron una abuela que se resbaló con un esclavo y vivió para contarle porque la tómbola de la genética le trajo un niño que podía pasar por andaluz. El cálculo de don

Leopoldo era que una mujer de brazos fuertes debía poder con su propio cuerpo en decadencia y el rancho que lo sostenía y le daba sentido.

Tenía razón, a Camila desde chica le habían gustado los sembrados y se le habían complicado los niños ricos, así que la boda le pareció un buen precio a pagar por librarse de los hijos inamables del boticario. Siempre había hecho lo mismo: desde los años en el internado de las hermanas del Sagrado Corazón de Tepic prefirió repetir el modelo de vida que había llevado en la casa de sus tíos en Chihuahua. Iba a la pizca de las frutas y las legumbres en el huerto del convento con las criadas a la hora en que las otras internas aprendían a hacer brocados y dulces de jamoncillo. Nadie la reclamaba: su tío de Casas Grandes había hecho un depósito sólido cuando la ingresó, pero no volvió a pagar anualidades. Las hermanas pensaban que estaba bien que se ganara el sustento con las sirvientas aunque durmiera con las niñas.

Venía de una estirpe de criollos sin honra que seguían pasando por blancos aunque era claro que lo habían dejado de ser hacía quién sabe cuántas generaciones. Familias que si se habían asentado en los peladeros del norte era porque de verdad no tenían nada más que la sensación de ser dueños del derecho a una mejor vida por las razones equivocadas: no eran indios. El emborronamiento del desierto disolvía las categorías, más rígidas hacia el sur del país nuevo: todos, salvo los pobladores originales del llano, podían ser colonos. A Chihuahua, después de todo, nadie llegaba si no iba perseguido por las deudas o una sentencia.

Camila nunca se gustó ni tuvo nada. Contaba desde chica con la conciencia de que si quería ser competitiva en las lides del cortejo tendría que trabajarse una oportunidad que no le caería del cielo: ganársela como se había ganado el sustento en el internado, con las manos. Eran unas manos largas, óseas, más prietas que el resto de su cuerpo. Les untaba aceite de oliva con hierbas todas las mañanas y todas las noches: podían pelar un jitomate maduro sin cuchillo.

El viejo Ezguerra la adquirió como esposa uno de los últimos domingos en que pudo asistir a los tablones. Se imaginó esas manos untándole pomada en los abscesos que le salían en las piernas y la espalda tras los periodos prolongados de permanencia en cama y encontró la imagen entre edificante y sucia: los años del convento y el colegio teresiano le habían dejado a Camila un aire, también, de monja. Eran unas manos de esposa de Jesús.

Y usaron esas manos curtidas entre las huertas y los hábitos de las monjas jóvenes, que resolvían las demandas de sus cuerpos todavía hirviendo de hormonas auxiliándose unas a otras para evitar pecados mayores. Don Leopoldo

nunca tuvo la fuerza que se necesitaba para montar, de entre todas las mujeres, a la vigorosa Camila, pero le pudo sacar algún lustre a esas palmas, que empuñaban cada tanto su sexo relegado desde hacía tantos años a cubrir puras funciones de tubería. Algo hubo, entonces, de placer en ese matrimonio, pero fue excepcional y no correspondido.

Dame la mano, le decía el viejo cuando lo atenazaba el miedo al tránsito definitivo al mundo de los espantos. Tócame la cara, le decía cuando se quería sentir vivo. Fue lo último que le dijo: Tócame la cara. Se lo dijo como con un silbido que ya venía del otro lado la mañana en que se despertó seguro de que su nombre ya no salía en la hoja del calendario del día siguiente. Cuando sintió el tacto fresco de la mujer en la mejilla, él mismo agarró esa mano como para no seguirse resbalando por el agujero que terminaba en la sonrisa de elote de la pelona. Camila no sintió el respingo de la muerte, pero sí le costó quitarse de encima los dedos que se engarrotaron entre los suyos con una fuerza que no tenían cuando estaban vivos.

José María Zuloaga y su padre encontraron Casas Grandes en paz absoluta a pesar de que un poco más al norte se había registrado un ataque apache hacía unos meses. El teniente coronel pensó que tal vez todo estuviera tan tranquilo simplemente porque la gente de Chihuahua prefiere no transpirar. Se lo dijo a su padre, que meneó la cabeza con impaciencia como había hecho siempre cuando le parecía que su hijo había dicho una burrada. Es porque lo que pase en Janos ya no le interesa a nadie, dijo: allá ellos si habían decidido quedarse en un valle al que ya se había tragado la Apachería.

Los recibió el juez de paz de la ciudad, que no les pidió copia de sus órdenes y los autorizó a cocinar dos de los tres berrendos en la plaza de armas. ¿Por qué solo dos?, preguntó don José María. Porque el tercero es para la autoridad, muchachos. El teniente coronel Zuloaga, que hasta ese momento había actuado con gentileza, se levantó de su silla y apoyó las dos manos en el escritorio de su interlocutor, que se echó para atrás en su silla. Su gesto apacible se había transformado en la cara de piedra de quien en realidad era: el comandante militar de una de las zonas más rasposas del país.

Mire, licenciado, le dijo, usted no lo sabe porque es un pendejo, pero la República está en guerra contra medio mundo y los apaches. Acercó su cara a la del juez de paz, que se había puesto verde y se seguía tirando hacia atrás. Estamos en toque de queda y ley marcial todo el tiempo y mientras los presidios sigan vacíos, yo represento al gobierno federal, ¿usted a quién? Era chiste, mi

comandante, dijo el jefe político, haciendo la cara a un lado. Zuloaga le dio una cachetada para que la volviera y lo mirara directamente a los ojos. ¿Y cómo nos va a ayudar? No puedo dejar mi cargo para ir a perseguir salvajes, además de que soy abogado y de Guanajuato. Pero puede poner la cerveza para el convivio. Como diga, mi general. Lo soltó. Soy teniente coronel, le dijo.

Zuloaga ya no volvió a su silla y su padre se alzó de la suya. Ambos se tocaron la punta del sombrero a manera de despedida. Ya alcanzaban la puerta de salida de la alcaldía cuando el juez de paz dijo: Hay una familia que los está esperando. El teniente coronel se volvió a mirarlo. No son de dinero, pero tienen buena casa, seguro se pueden quedar ahí y estarían más cómodos que en la comandancia de policía. ¿Hay policía?, preguntó el mayor de los Zuloaga, sorprendido con los progresos que la independencia había traído a la región. Hay comandancia, respondió el jefe político, cuando me llegue el presupuesto, le ponemos policías.

La idea es escribir un libro sobre un país borrado. Un país que funcionó tan bien y mal como funcionan todos los países y que desapareció frente a nuestros ojos como desaparecieron los casetes o la crema de vaca en triángulo de cartón. Donde hoy están Sonora, Chihuahua, Arizona y Nuevo México había una Atlántida, un país de en medio. Los mexicanos y los gringos como dos niños sordomudos dándose la espalda y los apaches corriendo entre sus piernas sin saber exactamente adónde porque su tierra se iba llenando de desconocidos que salían a borbotones de todos lados.

La Apachería era un país con una economía, con una idea de Estado y un sistema de toma de decisiones para el beneficio común. Un país que daba la cara, una cara morena, rajada por el sol y los vientos, la cara más hermosa que produjo América, la cara de los que lo único que tienen es lo que nos falta a todos porque al final siempre concedemos para poder medrar: dignidad.

Los apaches fueron, sobre todo, un pueblo digno, y la dignidad es la más esotérica de las virtudes humanas. La única que antepone la urgencia de vivir el presente como a uno se le dé la gana a esa otra urgencia, desaseada y babosa, que supone la dispersión de la información genética propia y la supervivencia de unos modos de hacer, una lengua, ciertos objetos que solo produce un grupo de personas. Cosas que en realidad da lo mismo que se extingan –se fueron los atlantes, los aztecas, los apaches, pero pudimos ser nosotros–, paquetes de genes y costumbres que a veces sentimos que son lo mejor que tenemos solo porque en el mero fondo es lo único que hay.

Cuando los chiricahuas –la más feroz de las naciones de los apaches– no tuvieron más remedio que integrarse a México o a los Estados Unidos, optaron por una tercera vía, absolutamente inesperada: la extinción. Primero muerto que hacer esto, fanfarroneamos todo el tiempo, pero luego vamos y lo hacemos. Los apaches dijeron que no estaban interesados en integrarse cuando los conquistadores entraron en contacto con ellos en 1610 y siguieron diciendo que no hasta que todo su mundo cupo en un solo vagón de tren: el que se llevó a los últimos veintisiete fuera de Arizona.

No sé si haya algo que aprender de una decisión como esa, extinguirse, pero me desconcierta tanto que quiero levantarle un libro.

Vivo de escribir novelas, artículos, guiones, para poder sostener a mi familia con los asuntos sobre los que leo. Y escribo porque es lo único que soy capaz de hacer consistentemente. No sé si lo he contado antes, pero tuve el privilegio de renunciar a un trabajo, por primera vez en mi vida, cuando ya tenía treinta y siete o treinta y ocho años. De todos los demás –y fueron muchos– me habían corrido. He tratado de hacer de todo para mantener a mi modesta nación de cinco miembros a flote, para que mi material genético, mi lengua, mi manera de hacer, resista un poco más. Si fuera un chiricahua solo leería, nos moriríamos de lo que uno se muere si no participa en la feria de la productividad: malnutrición, sesenta cigarrillos al día, falta de dentista, enfermedades curables, deudas tributarias, pésima educación.

En la hora de su extinción, los apaches no escribían más que con las grafías con que se deletrea la muerte. Dejaban en los caminos mensajes escritos con un alfabeto de cadáveres para que a nadie se le olvidara de quién era esa tierra, o de quién había sido esa tierra que los mexicanos y los gringos se sentían con derecho a ocupar. El país no tenía nombre, no al principio.

Don Leopoldo tenía tres hijos. Era un hombre bueno, padre de tres hombres trabajadores. Ninguno de ellos estuvo presente cuando la muerte pasó por él a su cama de terrateniente de medio pelo en una región que en realidad no servía para nada, pero eso era normal por entonces. No había un servicio de correo formal en las praderas, faltaban décadas para que hubiera telégrafo, Chihuahua estaba en casa de la chingada y Janos ya ni hablar. La correspondencia dependía de un vecino de Álamo Gordo que cada tanto iba al pueblo, recogía las cartas que la gente le daba con dinero para las estampillas y las llevaba a Casas Grandes, donde ya había oficina postal.

Los dos hijos del primer matrimonio de Ezguerra se dedicaban a la política.

Uno era regidor en la ciudad de Chihuahua y el otro diputado en la de México. Durante los seis años que acompañó a don Leopoldo, Camila les escribía a ambos largas cartas tal vez de loca, contándoles de la evolución de su salud. Ambos respondían, después de meses, con notas dictadas a secretarías con caligrafía profesional. Había un tercer hijo, del segundo matrimonio, que se había ido a los veinte años a estudiar Agronomía con los jesuitas del Colegio de Santa María en Baltimore. De él Camila no sabía más que lo dicho por su marido: que se llamaba Héctor, que se había quedado allá, que se había casado con una cuáquera que le había dado unos nietos rubios que solo hablaban inglés a los que nunca iba a conocer. Que por culpa de Héctor ahora Ezguerra iba a ser un apellido gringo. Hágame el favor, Camilita.

Lo primero que hizo Camila en cuanto enviudó fue despachar a un mensajero a la ciudad de Chihuahua para que le avisara a su hijastro más cercano que su padre había muerto.

El regidor no volvió a Janos, pero envió dos meses después, a vuelta de galope, una larga carta, escrita de puño y letra, en la que le agradecía a Camila la ayuda que le había dado a su padre en los últimos años y le pedía que por favor se quedara en el rancho, que siguiera llevándolo con la sabiduría con que sabía que lo había hecho hasta entonces, a la espera de que su medio hermano Héctor, el agrónomo, llegara con su familia desde Baltimore. Él llevaría la propiedad en el futuro y tomaría las decisiones que convinieran para la familia, en la que ella estaba definitivamente incluida.

Cavaron el hoyo de la barbacoa en el mero centro de Casas Grandes ya bien entrada la noche. Lo cavaron tan cerca del quiosco de la plaza que, cuando prendieran el fuego, se iba a ahumar. El juez de paz mostró cierta alarma cuando Zuloaga le señaló al mozo de la alcaldía el punto preciso en que quería que hiciera el agujero. Que el teniente coronel Zuloaga fuera un hombre centrado, amigo en general de los indios y con buenas intenciones, no le quitaba lo criollo: nunca se le hubiera ocurrido cavar el hoyo a él mismo ni pedirle al juez que lo hiciera. Para eso estaban ahí, precisamente, sus amigos los indios.

Cuando el jefe político estaba por opinar contra el sitio del agujero, el comandante levantó los labios como para besar al aire y sacudió la cabeza como en plan de negarle algo a un niño. El juez entendió que hasta que la autoridad militar abandonara la plaza, había nomás que aguantar vara. Lo que diga el señor, le dijo al mozo, que rechistó: Terminé de pintar el pinchi quiosco la

semana pasada, prefecto. Coméntaselo al señor, respondió su jefe, poniendo ambas manos detrás de la espalda.

El mozo le pareció a Zuloaga levantisco y del tipo que piensa que barrer la comisaría lo hace comisario, pero sobre todo le pareció rarísimo: era muy flaco y tenía los brazos y las piernas demasiado largos, la cabeza chica, pero los ojos, la nariz y la boca grandes. Hablaba con una voz destemplada. Como el teniente coronel no había podido hacer hijos con su señora, no sabía que así son las personas cuando transitan de la infancia a la juventud. A pesar de la orden más o menos expresa de su jefe de atender a lo que dijera Zuloaga sin demora, el chico argumentó su caso. El teniente coronel lo miraba más bien con curiosidad, sentado al lado de su padre en la única banca de hierro de la plaza central del pueblo. Además de mandado, el sirviente era verboso: Zuloaga tuvo tiempo de masticar un filamento de paja completo mientras exponía por qué no había que cavar el horno tan cerca del quiosco. Hay que ponerlo ahí, terminó el mozo, señalando un espacio cualquiera hacia el final de la explanada. El comandante escupió los restos de la paja justo sobre los huaraches del muchacho y le preguntó a su padre si no le veía una cara de nacional de leva que no podía con ella. Tiene mucho que aprender, dijo el viejo, y nada educa como servir a la República.

Sin levantarse de la banca, Zuloaga tomó otra paja del suelo y se la metió a la boca. Preguntó: ¿Se está usted sublevando, soldado? Hizo los ojos chicos, como para enfocarlos mejor. Soy el mozo, no un soldado, respondió. El viejo alzó las cejas. Dijo: Yo creo que eso es suficiente para afusilar al recluta. O para mandarlo a limpiar con la lengua el presidio de Janos, respondió su hijo. O con los huevitos, mi comandante, si es que los tiene. Zuloaga se volvió al recluta. ¿Qué fue lo que no entendió de mis órdenes, soldado? El mozo hizo un saludo militar más bien aguado. Cuando acabe de hacer el agujero, le dijo el jefe, me lo rellena de leña, lo prende y lo vigila, para que haga brasa para mañana; todo tiene que estar listo para las cinco de la mañana, entonces se me reporta en la cámara fría de la casa en la que me estoy quedando para traerse los berrendos que ya están limpiándole. El mozo bajó la cabeza.

El juez de paz no protestó ni porque se le iba a ahumar el quiosco ni porque le hubieran arrebatado a su único airoso empleado. Esa misma noche, en un gesto de voluntad inestimable, proveyó al nuevo soldado con leña para la barbacoa y un fusil, para que no se fuera desarmado a la campaña de Zuloaga. Era un rifle de chispa, tan viejo que usaba perdigones, de los que el juez de paz donó también una cajita. No había, eso sí, cuerno de pólvora: la habían usado para los

cohetes el día de la toma de posesión de la propia autoridad civil. La leña y el fusil no fueron el único gesto pródigo del juez de paz, que seguramente prefirió hacer un sacrificio económico que seguir los pasos de su exmozo. También apoquinó suficiente sotol para dormir a ocho pueblos, y suficiente café para despertarlos.

Aunque Zuloaga tenía claro que el primer cuerpo de su pelotón solo podía ser inspirado para meterse al infiernillo del desierto y la montaña en ánimo festivo, entendió pronto que no podía darle mucho tiempo a la pachanga, que tenía que apresurarse. La noche misma en que llegó a Casas Grandes los señores con quienes se hospedó le contaron que la administradora del rancho Ezguerra era su sobrina y que sus restos no habían aparecido por más que la gente de Janos los rebuscó en la zona.

El teniente coronel sabía, como todos en esa región, que los apaches no enterraban a sus enemigos, que los dejaban expuestos porque eran un mensaje. La levantaron, mi coronel, lo único que encontraron fue algo de su ropa, toda desperdigada por el llano, le había dicho el tío de Camila la noche anterior, frente a una taza de leche bronca tibia con canela y azúcar. No era buena para tener hijos ni es que fuera a servirle a la patria, pero es nuestra sobrina y, mal que bien, nuestra responsabilidad. Zuloaga, que llegó a esa conversación ya cansado por el viaje y el estira y afloja con el juez civil y su mozo, se rascó la frente como si todavía trajera puesto el sombrero. Sacó una bolsita de tabaco del parche de su chamarra con flecos de comanche y se enrolló un cigarro.

La noticia de la sobrina desaparecida le reventaba el cuajo al proyecto de expedición, más bien paseada, que había diseñado en su cabeza.

En el ir y venir de mensajeros entre la capital del estado, el Distrito Federal y el municipio de Buenaventura, se habían perdido cuando menos cuatro meses y medio, sin que nadie hubiera mencionado nunca que en Janos faltaba una mujer. Calculó, mirando con sus ojos bovinos mucho más allá de la cabeza del tío de la desaparecida, que el hecho más bien raro de que los apaches se hubieran llevado unas vacas y no solo los caballos, le daba cierta ventaja: podía seguir su mierda hasta el fin del mundo si no había caído un aguacero recio.

Se talló la cara antes de explicar que nadie le había avisado que había habido un levantón. Hizo el gesto vacío de quitarse el sombrero y dijo con contrición honesta: Mire, señor, le voy a decir la verdad, que ya sabe aunque no se la quiera decir a usted mismo; ahorita o su sobrina ya es nomás un puro montón de huesos, que es lo mejor que le pudo haber pasado, o se la llevaron al monte y la tienen de esclava. Ay Jesús, dijo la tía, me la van a violar. El teniente coronel

encendió un cerillo tallándolo contra una baldosa del piso de barro cocido. Entrecerró los ojos al jalar el humo de su cigarro. Violar no, respondió, yo nunca he sabido que abusen de una muchacha, pero pus esclava sí ha de ser, cuando menos en lo que aprende a ser apache. ¿Cree que esté viva? El vaquero se alzó de hombros: Seguro se la encuentro, viva o muerta, eso se lo puedo prometer. La tía rompió a llorar. Con que le dé sepultura cristiana, dijo el hombre de la casa.

Cuando, terminada la plática, Zuloaga llegó a su habitación, su padre estaba leyendo un libro que había tomado de los anaqueles sobre la cama. Ya estaba en medias y sin su obtusa casaca de general de un imperio del otro mundo. Y esa cara, le preguntó a su hijo. Se llevaron una cautiva. Ya te cargó Gestas. Ei. Vas a tener que trabajar. Ni digas. Meterte a la sierra, huellear, tirar bala. Su hijo infló los cachetes y expulsó el aire ruidosamente. Lo peor va a ser convertir a los pelados que pesques mañana en soldados del rey. De la República, papá. Eso, vámonos a dormir.

En los tiempos sobre los que estoy tratando de escribir Chihuahua era poco más que una entelequia para la mayoría de los mexicanos, que en cualquier caso acababan de empezar a serlo. Debe haber sido complicado para las generaciones a las que cruzó el año 21 haber dejado de ser españoles de América, como se decían –nadie nunca se describió a sí mismo como novohispano–, y empezar a identificarse con el gentilicio de una ciudad remota solo porque en ella estaba asentado el gobierno de la República: mexicanos.

Chihuahua era el llano y las montañas, lo de antes, lo que le seguía, se había llamado durante siglos Nueva Vizcaya y le había pertenecido, cuando menos nominalmente, al rey de España. Había un contrato de algún tipo, algo que había firmado el Papa, había libros de misioneros que asentaban que ese lugar se llamaba así y era administrado directamente por el virrey. A diferencia de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya formó parte desde siempre, y siempre fue leal al reino infinito de Nueva España, un territorio que nadie sabía dónde empezaba pero era más allá del lago de Nicaragua y la Costa Rica y que luego pasaba por la muy noble y muy leal Ciudad de México para terminar más allá de los cerros, más allá del territorio difuso de la Apachería, pasando el río Colorado.

Nadie llegó nunca hasta donde terminaba Nueva España, o si llegó no dijo nada o no volvió: se lo comieron los osos, lo flecharon los indios, se lo cargó el frío. La fiebre nominativa siguió, de todos modos: nombrar es tener, integrar, comerse lo nombrado. Lo que había arriba de Nueva Vizcaya se llamaba Nueva México, y lo que estaba todavía más al norte, Colorado, por el río de chocolate

que lo regaba. El desierto que bajaba hasta el mar de Cortés por el oeste se llamaba Sonora y lo de arriba Arizona, porque tenía la tierra roja y pedregosa como los baldíos que rodean al pueblo de Ariza, en Andalucía, pero mucho más grandes. La extensión infinita de tierra que llegaba hasta el océano Pacífico tenía un nombre que le puso un soldado que estaba leyendo *Las Sergas de Esplandián*, de Garcí Rodríguez de Montalvo. Le pareció que era una tierra de gigantes, así que se llamó California. Cuando se descubrió que lo de abajo no era una isla hubo dos Californias, la Baja y la Alta. Lo que llegaba hasta el Golfo se llamaba primero Nueva Filipinas, pero nadie le decía así. Le decían Tejas porque para llegar había que pasar por un cañón en el que los pedrones tenían forma de laja.

A principios del horroroso siglo XIX los criollos se dedicaron a matar peninsulares para que el país se llamara México y no Nueva España, y los españoles de América, mexicanos; veintiséis años más tarde, los gringos se pusieron a matar mexicanos para que el norte de Sonora, Nuevo México, Colorado y la Alta California se llamaran Estados Unidos. Lo que había al sur de la ciudad de Chihuahua se llamó Durango, Tejas adoptó la extravagancia de escribir su nombre con equis, como México, y se volvió casi su propio país, a la Alta Sonora le pusieron el nombre arcaico de Arizona. La Apachería seguía más o menos imperturbable en ese mazacote de territorios inmensos en los que pueblos de veinte personas se mataban entre sí para llamarse de otra manera: era tan rasposa que nadie estaba interesado en conservarla, así que se la dejaron a sus habitantes y la nombraron como ellos.

Lo que fue la Apachería sigue más o menos solo mientras escribo: es un territorio mostrenco y extremo en el que hasta los animales van de paso. Cañadas impenetrables, llanos calcinantes, ríos torturados, piedras por todos lados. Más que un lugar, es un olvido del mundo, un sitio en el que solo se les podía ocurrir prosperar a los más obstinados de los descendientes de los mongoles que salieron de caza persiguiendo yaks hasta que se les convirtieron en caribús y luego en venados de cola blanca y berrendos. Sus yurtos esteparios transportables convertidos en güiquiyaps desechables, no tiendas como los tipis que los indios de los grandes llanos cambiaban de lugar dependiendo de la temporada, sino construcciones de emergencia constante, casas para ser abandonadas. En español de México les decimos jacales.

Hay un desprecio serio de la historia en ese hacer casas para que se las coma el carajo, una voluntad de nata y bola, unas ganas definitivas de vivir así nada más, en plan de cantar y bailar en lo que los cerdos ahorran. En un mundo que mide la potencia de las culturas en columnas y ladrillos, una que alzaba casas

para que se volvieran tierra bate todos los récords del desdén. Tal vez todos fuimos así alguna vez, nómadas y felices. Íbamos pasando y alguien nos encadenó a la historia, nos puso nombre, nos obligó a pagar renta y nos prohibió fumar adentro. Éramos solo la gente y un día otro nos convirtió en algo: un mexicano, un coreano, un zulú. Alguien a quien hay que categorizar rapidito para, de preferencia, exterminarlo, y si no se puede, imponerle una lengua, enseñarle gramática y ponerle zapatos para luego vendérselos cuando se acostumbre a no andar descalzo.

Los apaches, aunque el nombre sea magnífico y nos llene la boca, no se llamaban apaches a sí mismos. Al libro de la historia se entra bautizado de sangre y con un nombre asignado por los que nos odian o, cuando menos, los que quieren lo que tenemos, aunque sea poco. Los apaches no tenían nada y se llamaban a sí mismos *ndeé*, la gente, el pueblo, la banda. Tampoco es que sea lindo. El nombre implica que la verdadera gente eran ellos y todos los demás no tanto. Eso pensaban los indios zuñi –«zuñi» también quiere decir «la gente»–, que fueron los que les enseñaron a los españoles que los *ndeé* se llamaban *apachi*: «Los enemigos.»

Los apaches entraron a la historia bautizados como nuestros enemigos en zuñi a principios del siglo XVII, cuando los expedicionarios españoles subieron a los altos de Arizona y, ya de bajada, la bautizaron como la Apachería después de haber concluido lo obvio: que en la amalgama de bosques, pedreras y cañadas que encuadran el río Gila, el Bravo y el Yaqui no hay nada a que sacarle partido.

El territorio era tan cerrado y los *ndeé* tan insobornablemente ellos mismos que los españoles no dejaron ni misioneros. A los curas novohispanos, acostumbrados a bautizar masas de indios laboriosos en los atrios de templos levantados en el corazón de ciudades milenarias de piedra y cal, los apaches debieron parecerles puro ecosistema: los primos del oso, los comedores de espinas. Eso eran también y daba miedo. En el *Memorial sobre la Nueva México* de Fray Alonso de Benavides, de 1630, los apaches tienen un rol estelar: «Es gente muy briosa y muy belicosa y muy ardidosa en la guerra, y hasta en el modo de hablar hacen diferencia con las demás naciones, porque estas hablan quedito y a espacio y los apachis parece que descalabran con las palabras.» No es un mal párrafo, para que se abran delante de una nación las cortinas de la historia.

Para la gente de principios del siglo XIX, el siglo en el que se publicó el *Memorial* aunque fue escrito trescientos años antes, había tarahumaras y jicarillas, pimes, pápagos, conchos, comanches y ópatas. Todos los que no

entraban en alguno de esos grupos, eran apaches, y si uno se los encontraba los tenía que matar antes de que ellos lo mataran a uno.

Los gringos todavía no terminaban de figurar por entonces, aunque todo el mundo hablara de ellos. Eran una abstracción pálida que venía de más allá del Mississippi y decían que se estaban acantonando en Tejas, que compraban tierra, que eran rubios pero no tenían maneras, que ya estaban poniendo negocios del otro lado del río Grande por Santa Fe, que traían esclavos negros y no estaban dispuestos a liberarlos cuando se instalaban en México aunque la constitución de 1821 decía con toda claridad que había que dejarlos ir.

El teniente coronel José María Zuloaga le pasó lista al pelotón a las tres de la madrugada de su segundo y último día en Casas Grandes. Estaba en el patio de la casa de los tíos de la levantada, que fue durante esa noche el airoso Cuartel General de las fuerzas irregulares del estado de Chihuahua. La lista se pasó rápido porque las fuerzas consistían, por el momento, en un oficial, un recluta y un general del imperio retirado que más bien solo apostillaba. Se pasó, de hecho, rapidísimo, porque nadie tuvo ni siquiera la cortesía de preguntarle su nombre al recluta, así que nomás fue cosa de pasarle inspección y mandarlo al campo. Si algo demoró la inspección fue porque el más viejo de los Zuloaga estudió su arma, preguntándose en voz alta si no había llegado a Nueva Vizcaya con los conquistadores del siglo XVII. Esto no serviría ni aunque todavía anduviera por ahí el cuerno de pólvora, concluyó, pero lo pueden usar como poste de tienda durante la campaña. Usted está pensando en los dragones del imperio, comentó su hijo, los soldados de la República duermen en descampado.

Zuloaga le arrebató el mosquete a su padre y mandó al mozo a enterrar los berrendos en el hoyo de la barbacoa. Hágalos guardia, dijo, yo lo relevo cuando raye el sol, para que se lance a confiscar las tortillas y las salsas al mercado. Al muchacho le brillaron los ojos: el verbo «confiscar» le aclaró que tal vez lo que le había sucedido era un ascenso. Antes de que se dispersara el pelotón, el teniente coronel le preguntó al recluta cómo se llegaba a las goteras del pueblo. Respondió que siguiera el empedrado de la calle y continuara por el camino que lleva a la sierra, pero que no iba a encontrar a nadie. Los indios de este presidio eran todos apaches, así que se fueron, le dijo con una vibración que delataba un odio de generaciones. ¿Y usted no es indio? Soy mexicano, le dijo, y el teniente coronel sonrió de manera tenue mientras confirmaba con un movimiento de la cabeza casi imperceptible. El mozo cerró: Se fueron cuando se acabaron las raciones, dicen que no les gusta trabajar. El militar le terció su mosquetón con

una ternura nueva. Váyase a cumplir sus órdenes, le dijo. El otro le preguntó si en el sur estaban igual. ¿De qué? De que ya no hay apachis. No queda ni uno. Es una ranchería muy grande y muy bonita, dijo el joven; es una pena que esté vacía.

Fue hasta que el recluta fue devorado por la oscuridad del empedrado con uno de los dos berrendos despellejados y limpios a la espalda, que Zuloaga le hizo notar a su padre que lo habían leído mal. El viejo, ansioso por volver al calor de la casa, dijo: Si no es libro. Lo estuve viendo mientras usted estudiaba el mosquete, siguió, es tarahumara, por eso está tan grandote. El padre alzó las cejas, se desabotonó la casaca y se aflojó la camisa en plan de señalar que ya se estaba volviendo al interior. ¿Cómo sabes?, dijo. ¿No le vio las patas? No habla como indio. Ha de ser adoptado. El padre se alzó de hombros y se dio la media vuelta, rumbo a la puerta de la cocina. Su hijo le dijo que iba a salir a ver el pueblo antes de que despertara.

Tiró hacia la montaña, atendiendo a las instrucciones del chamaco. No se encontró, como esperaba, con una vereda, sino con un camino grande de tierra apisonada. Dudó un momento, así que revisó las matas, tomó un puño de tierra y lo olió. Había sido un camino importante. Al poco se alzaba sobre una primera loma a la que seguía otra más alta y así hasta dar con el mato brutal de la sierra, que nomás se intuía porque algo había de luna. Siguió la ruta, maldiciendo después de un rato al tarahumara, para el que la distancia debió haber sido corta: un criollo tendría que haberlo hecho a caballo. Apretó el paso porque vio a su espalda que la raya verde del día ya se anunciaba en el horizonte.

Tuvo que remontar un par más de cerros –sin descenso, se iban acumulando uno encima del siguiente– para dar de pronto con el pueblo de indios abandonado. Llegó ya que había luz. No era, como en todos lados, un llano con jacales dispersos, sino un laberinto de lodo y piedra, protegido por una muralla. Sonrió. Ya había estado ahí: eran las ruinas de Paquimé, una capital de la gran Chichimeca abandonada desde antes de que llegaran los conquistadores. Se paseó sin buscar nada. Por más aclimatados que hubieran estado los apaches de Casas Grandes antes de la gran desbandada, nunca se hubieran asentado entre esos muros que para ellos habrían sido madre de claustrofobias y aparecidos.

Ya de regreso pensó que el chamaco no podía tener más de doce o trece años si pensaba que las ruinas de Paquimé era lo que habían dejado los apaches en su huida al monte: era un indio de casa criolla que nunca había vivido en una ranchería y no recordaba los jacales de los janeros idos.

Héctor Ezguerra regresó al rancho de su padre cuando ya hacía varios meses que don Leopoldo había sido enterrado. En Baltimore, los jesuitas que habían protegido a los héroes de la Independencia hacía menos de veinte años le habían enseñado que a Dios se le ora también reproduciendo riqueza, así que llegó a Janos en plan de aplicar con tenacidad de insecto sus conocimientos sobre la ciencia, según él exacta, de la Agronomía. Desde su primera mañana en Chihuahua se empeñó en emplear a los peones de su padre en faenas concentradas, como si lo que estuviera administrando fuera un dispensario y no un peladero.

Héctor llegó en un coche militar, cuando todavía no terminaba de caer el sol de un día de abril demoledoramente caliente. Iba sentado en el pescante, junto al oficial que llevó las riendas del carro hasta la puerta misma de la casa del rancho. A Camila le inquietó que, en esas condiciones, el nuevo dueño llevara el saco de lana puesto y abotonado. Era un hombre alto y un poco pasado de peso, que se vestía como catrín de ciudad y no como el vaquero que iba a ser de entonces en adelante: llevaba sombrero de fieltro, leontina, corbata de lazo. No usaba bigote –a Camila la pareció un pésimo agüero que se viera como niño: nunca había visto a un hombre sin pelo en la cara.

Ella sabía, gracias a un mensaje del hermano de Héctor que vivía en Chihuahua, que los Ezguerra Parlett habían hecho en barco el viaje de Baltimore a Corpus Christi, y ahí habían tomado una diligencia a Laredo. Que ahí habían cambiado a una que llegaba hasta la ciudad de Chihuahua vía Delicias, para alcanzar finalmente Janos y el rancho en un carro oficial del gobierno del estado. Tuvo la casa lista a tiempo para recibirlos.

El hombre dio pruebas de su hiperactividad de científico de los rumiantes desde el momento en que el carro cruzó el portal del patio de la casa. Saltó del pescante al canasto del techo y desató tres petacas más bien modestas que el más viejo y venerable de los jicarilla del rancho apenas tuvo tiempo de cachar, desconcertado como estaba frente al espectáculo de un criollo que hacía las cosas por sí mismo. Una vez que las tres maletas estuvieron abajo, el indio las tomó –cada una en una mano y la tercera bajo el sobaco– para meterlas a la habitación del señor. Déjalas en el suelo, Pedro, dijo Héctor con una firmeza amable que señalaba que ya había llegado quien mandaba. Al notar la modestia del equipaje, Camila, que como correspondía lo esperaba en el portal acompañada por las criadas y los peones de casa, sintió un alivio: venía solo, lo cual les daría un tiempo de adaptación a todos en el rancho.

Todavía sin saludar, Héctor se bajó por la escalerilla trasera del carro, abrió la

portezuela y desdobló los escalones. Le tendió la mano a una gringa roja y recia, que negó la ayuda con una vigorosa sacudida de la cabeza y se hizo a tierra con un niño rubio en brazos. Camila vio que detrás de ella salían otros tres chamacos definitivamente gringos, más crecidos. El padre tomó dos de las maletas y le hizo un gesto al mayor de sus hijos, que arrastró, más que cargó, la tercera. Cuando el jicarilla Pedro se acercó a auxiliar al niño, Héctor negó con la cabeza. Si van a ser rancheros, le dijo al indio, se tienen que ir haciendo hombres desde ya. Camila se alisó el vestido, lista para presentarse.

Héctor señaló con un gesto la puerta y la gringa y los niños se metieron a paso marcial, como ganado, sin presentarse. El padre frenó en el umbral para bajar la maleta que llevaba en la mano derecha, volverse y tocarse la punta del sombrero. Mucho gusto, Camila, gracias por cuidarnos la tierra, dijo sin siquiera tenderle la mano. Y volviéndose a la mayor de las criadas: ¿Cómo anda la cocina, Eduviges?, los niños vienen muertos de hambre, así que la señora Prudence va a ver qué hay de merienda ahorita mismo. La cocinera se metió corriendo a la casa. Él la siguió, tocándose el sombrero otra vez en dirección a Camila. Ella cruzó miradas con Pedro y siguió a los demás. Se fue a su habitación a leer, a la espera de que le tocaran a la puerta para avisarle que la merienda estaba servida. Tenía el corazón estrujado pero no roto: los gringos, había escuchado, eran sobre todo gente eficiente que no les daba vueltas a las cosas.

Nadie se acercó a su cuarto, así que cuando escuchó el raspar de platos y cubiertos cruzó el patio rumbo al comedor, que encontró vacío. Fue a la cocina. Ahí encontró a la nueva familia comiendo no solo en la mesa de las criadas, sino con las criadas. La escandalizó que en el centro del tablón hubiera una olla con comida y un cucharón, pero sobre todo que entre los platos y la madera no hubiera mantel. ¿Se nos une?, le preguntó Héctor. Se sentó, confundida, junto a la cocinera. Si no se trae su plato y su tenedor no va a tener cómo comer, le dijo el nuevo jefe con una sonrisa condescendiente que mostraba que el gesto era educativo. Camila se levantó por su servicio y se volvió a sentar. Adelantó su plato y la nueva señora le señaló con la mirada que lo correcto ahora era que se sirviera ella misma. Lo hizo y notó con alivio que era cerdo en salsa verde con verdolagas: la gringa no había cocinado. Lo hice sin chile, le murmuró la cocinera, que hasta ese día había comido toda la vida auxiliada con una tortilla y encontraba impráctico pescar los trozos de cerdo con el tenedor.

Mistress Prudence –como les exigía a todos que la llamaran excepto a su marido, que la podía invocar solo por su nombreera corpulenta, más potente que gorda. Tenía el pelo huero, los ojos zarcos y una sonrisa de perra que por suerte

usaba poco. Había crecido en una lechería de Pensilvania atendiendo a las vacas de su padre cuáquero, así que tenía unas energías insoportables y unas manos rojas y callosas con las que tomó posesión de la casa como si hubiera sabido lo que era Chihuahua y para qué servía. Los niños no podían ser más gringos: cuatro rubitos inquietantemente silenciosos de siete, cinco, tres y un año, que tomaban leche como si fuera buena.

Nadie dijo ni una palabra durante la cena. Cuando Héctor terminó su plato, se levantó, llevó sus trastes al fregadero, los lavó y le dio las gracias a la cocinera. Eduviges no sabía si ponerse de pie o seguir batallando por enredar las verdolagas en el tenedor. El señor le preguntó por Pedro. Hay que ver los corrales, siguió. Pero si se está haciendo de noche, arriesgó Camila. Por eso hay que apurarse, respondió el hombre. Doña Eduviges murmuró por lo bajo, una vez que él salió de la cocina, segura de que la familia no hablaba español: Deje que ya se esté haciendo de noche, ¿y el postre?

Las mujeres de la casa esperaron a que Mistress Prudence y sus hijos dejaran la cocina para calentarse unas tortillas evaluando la situación. ¿Y esto qué es?, preguntó la viuda. Y no ha visto nada, le respondió la matrona de los fogones: en el cuarto de servicio hay una lloradera porque la señora no quiere criadas; mañana las van a devolver a los pueblos. Hubo cierto placer justiciero en la sonrisa con que Eduviges concluyó que, a partir del día siguiente, la seño iba a tener que tender su propia cama.

Valeria me toca la cara cuando me ve angustiado. Es frecuente: angustia ser padre de tres y en una familia partida y desplazada. Hago notas para un posible libro sobre la Guerra Apache en un momento de tránsitos en el que no termino de reconocirme. Estoy en el espejo de nuestro baño y en el olor ácido de mi almohada, en las voces de mis hijos menores que me alcanzan temprano detrás de la puerta cerrada: ese tono con el que hacen quién sabe qué planes cuando se despiertan y que es el mejor que tienen. Estoy en la marca que me ha dejado la ausencia de Miquel y en el incisivo central superior de Valeria, adorablemente chueco, cuando despliega la primera sonrisa del día. Pero no estoy del todo donde vivo y mi estatus burocrático me pesa. Nunca quise ser nada más que lo que soy: mexicano. Las cosas del mundo, el miedo a vivir como un apache, me han puesto, sin embargo, en un ánimo claudicatorio. Nueva York ha sido generosa con nosotros, pero estábamos solo de paso y ahora que mi hijo mayor se mudó a Guadalajara para estudiar cine, las razones para volver a la Ciudad de México se nos terminaron. Para poder seguir manteniendo a la familia, entonces,

tengo que dar un paso: dejar de renovar visas, convertirme en residente de este otro país, ser el que soy en otro sitio de manera permanente, dejar de ser extranjero, asumir el rol de migrante y empezar a hacer las cosas que sea que hagan quienes se integran y aclimatan. Me cuesta imaginarme como los dominicanos del barrio, que aunque siguen hablando español entre sí, se ven como padres y abuelos de gringos, que no encuentran insoportable que, al final, los entierren en esos cementerios infinitos y desolados de Queens.

Y luego está lo de Miquel, que cuando hablamos por teléfono insiste en que quiere estudiar cine en Varsovia o Berlín cuando termine la licenciatura que estudia en Guadalajara. Me ha sugerido, de manera insistente, que deje de necear con que ganamos la guerra de Independencia y reclame la nacionalidad española que me corresponde por ser hijo de refugiada catalana de la Guerra Civil. Así que aquí estoy, trajinando actas y juntando documentos probatorios para volverme un poco gringo –aun si nos arrancaron medio país en una guerra siniestra y abusiva que perdimos– y definitivamente español –aun si esa la ganamos–. Qué problema de autoestima para España que incluso México te gane guerras.

Me digo que no importa, que nada cambia si uno tiene documentos que reflejen mejor el tipo de vida que lleva. Me lo dice también Valeria en la hora por la que vale la pena vivir los días, que es la hora en que ya estamos ahítos de saliva y conversamos en voz baja para no despertar a los niños. Me lo dice tocándome la cara. También me lo dice Miquel con su aquiescencia ciega cuando hablamos por teléfono y me quejo de que no tengo tiempo para leer por estar juntando papeles, tramando citas, imprimiendo cosas que demuestren que sería un residente razonable y un español digno. Responde con un silencio y cuando le pregunto si sigue ahí dice que me está escuchando.

Nuestros hijos, obviamente, no nos conocen nada. O dejan de conocernos ya que crecen un poco y se decepcionaron. No saben que la ira que creen que es nuestra parte distintiva y sirve solo para educarlos, podarlos, darles el privilegio de ser supervivientes y resistir como apaches si es necesario, es la ira con que, llegado el caso, mataríamos por ellos sin un temblor en el pulso. Me lo dice la abogada de migración gringa con la cara un poco ladeada y la sonrisa incómoda que pone cuando no entiende lo que estoy diciendo: no se explica que alguien se resista a ser residente de Estados Unidos.

Pero no lo creo y no me gusta hasta que pienso que tener dos nacionalidades y residencia en un tercer lugar es, en realidad, como dejar de ser todo: vivir como apache. Dos pasaportes y una tarjeta de residencia equivalen, con suerte, a la

nacionalidad de la Atlántida, el país de en medio, el de los que se pegan a la tierra para ocultarse en los chaparrales y ven desde los peñascos para que no los vean. Mi estudio en Harlem, una cañada en la sierra de los Mogollones en Nuevo México, mi sillón de leer asentado en las pedreras infinitas de Chihuahua o los desfiladeros de las Bolas de la Peñascosa en Arizona. Lo que quiera que escriba como el testimonio de algo que se extingue.

La cosecha, al final, no fue mala. Zuloaga juntó nueve hombres en la barbacoa de Casas Grandes. Con eso y el mozo tenía suficiente para ahorrarse el fandango de un festín en el siguiente pueblo, en el que la pura imagen de los rancheros enriflados cabalgando hacia la montaña sería suficiente para seguir juntando incautos. Estaban, eso sí, verdes. Los colonos mayores de la ciudad ya se las sabían todas y habían mandado al sarao del teniente coronel solo a los hijos que les habían salido babosos. Todos ganaban con el negocio: Zuloaga tenía a quien mandar y los colonos quien les hiciera hombres a sus vástagos pendejos.

La barbacoa se había empezado a servir a la una. Pasadas las seis y un mar de cerveza bien aceitada con sotol, fue facilísimo convencer al grupo de que era mucho mejor proyecto ir a hurtadillas por sus caballos y agarrar para el monte a soltar tiros que volver a sus casas a que sus esposas los pusieran parejos por borrachos. Guardando el respetillo, dijo el teniente coronel en el corazón de su arenga, si sus señoras son chihuahuenses, los apaches se las pelan.

El teniente coronel, el juez de paz, el mozo y el general retirado sacaron a los bravos de la plaza como pudieron y se hicieron todos al camino antes de que les empezaran a pegar la cruda y sus remordimientos. Estaban unas dos leguas al norte de Casas Grandes, en la bifurcación a Tinajas, cuando la autoridad civil regresó al pueblo y el general retirado se desvió a visitar a la familia. La noche ya estaba bien cerrada y hacía frío. Todo se juega para ti en las siguientes diez horas, le dijo el general a su hijo. El teniente coronel nomás afirmó con la cabeza, consciente de que el equilibrio de la acción era frágil: el primer campamento tenía que instalarse lo suficientemente lejos para que el calor de la cama matrimonial ya no fuera una tentación, pero había que poner a los hombres a dormir la mona pronto para poder comenzar temprano al día siguiente. El punto clave, en el que insistió el viejo, estaba en que había que despertarlos cuando todavía estuvieran borrachos, para que el ánimo no decayera hasta que dejar la expedición ya fuera vergonzante, porque había que hacerlo a la luz y la vista de todos. Nueve nacionales no está nada mal, le dijo al teniente coronel a manera de despedida. Si llego con cuatro a Janos ya voy de gane, respondió. El

viejo no lo desmintió. Vas a tener que parar por gente de relleno, le dijo. No ando sobrado de tiempo.

Zuloaga sabía que la mitad de su milicia se había reformado con más botellas de sotol antes de salir del pueblo. Le pareció buena idea que se mantuvieran borrachos. Los jaló todo lo que pudo para que llegaran a Cerros Prietos sin pedirles que dejaran de beber. Ya tendrían, cuando se hundieran en el genuino peladero, sus lecciones de disciplina.

Llevaba ventaja porque era diciembre: oscurecía temprano y amanecía tarde. En Cerros Prietos alineó a sus hombres en una caballeriza vacía. Antes de hacerlo, tuvo la cortesía de tocar la puerta de la casa del rancho para informar que las tropas irregulares del Estado de Chihuahua la iban a tomar prestada por unas horas, a sabiendas de que nadie le iba a contestar. Había notado, desde que cruzaron a paso redoblado Capulín y Corralitos, que más allá de Casas Grandes no solo las goteras sino también los caseríos estaban vacíos.

Después de acomodar vaqueros y caballos dentro del establo –el frío estaba apretando–, Zuloaga le ordenó al mozo que recalentara el resto de la barbacoa. Él mismo repartió las raciones impostando un buen humor que ya le estaba faltando. Las repartió para medir cómo andaban de voluntad: todavía tenía nueve. Mientras devoraban su rancho les recordó que estaban nomás tomando un respiro, que era una siesta larguita y ya. Nadie le hizo caso, pasando como estaban las botellas de sotol de mano en mano, así que se fue a comer él solo. No planeaba ni aprenderse sus nombres hasta que estuviera seguro de que se iban a quedar. El mozo tendió su colchoneta y su cobija junto a él y no le pidió que se regresara con los otros.

Héctor Ezguerra protegió a Camila con la seriedad del que honra un pacto, pero también con el desgano que producía la realidad ineludible de que la mujer no había procreado con su padre: en realidad no eran nada. Le mandó arreglar una buena habitación y le mantuvo el sustento, pero le quitó sin etapas intermedias todos los poderes de jefa del rancho que había llevado durante la larga decadencia de su marido con el rigor y el secreto hedonismo con que hacía todo. La mujer volvió a su condición de infancia: la mesa de los señores, las goteras. Despojada de deberes, en Janos y en 1837, Camila debió ser la mujer que más se aburría en todo el mundo.

S. M. Barret, superintendente de Educación del pueblo de Lawton, Oklahoma, y traductor ocasional inglés-español del décimo octavo cuerpo de caballería del

Ejército de los Estados Unidos en la base militar de Fort Sill, estaba preparando un té en la estufa de su estudio cuando el indio Asa Daklugie, que estaba parado en la ventana, le dijo, con el tono irónico del que ya se exasperó: «Mira quién viene.» El gringo, que retacaba cuidadosamente una red con flores de manzanilla y hojas de menta secas, le respondió: «No puede ser.»

Barret era un hombre curioso, pero quienes lo conocieron no lo habrían definido por esa cualidad. Había aprendido pronto que la persistencia y el método eran estupendas salvaguardas para un hombre como él, flaco, chaparro y cacarizo, en un mundo de soldados, indios y arrimados como eran los pueblos que crecían en torno a las bases militares en el Oeste de los Estados Unidos todavía a principios del siglo xx. No dejó de hacer lo que estaba haciendo con esa dedicación que solo tienen los gringos con lentes. Se los acomodó sobre el puente de la nariz y no volvió a decir nada hasta que tuvo la red atacada y el agua hirviendo. La sirvió en la tetera, hundió la infusión, la tapó. Tampoco dijo nada mientras el té reposaba ni cuando finalmente lo sirvió en dos pocillos de peltre. Hasta entonces se acercó a la ventana y vio al jinete batallando la nieve que caía cerrada sobre el llano.

¿Tu tío?, le preguntó a Asa Daklugie. El indio cerró los ojos para confirmar que lo era y que la obstinación del jinete le parecía, al mismo tiempo, insoportable y digna de admiración. Barret le tendió uno de los pocillos a su interlocutor. Vaya manera de cuidarse una gripe, dijo más bien para sí, en su español de libro. El indio se alzó de hombros. Parece que no lo conocieras, añadió. No lo conozco. ¿Quién sí?, respondió el otro. En todo caso tú.

Asa Daklugie se volvió a alzar de hombros, le dio un trago ruidoso a su taza de té y se fue a sentar a una de las mecedoras de la sala, listo para una sesión de trabajo de la que hasta ese momento pensaba haberse librado. Barret se quedó un momento más con la frente pegada al vidrio, su pocillo entre las dos manos. Se acomodó los lentes de nuevo.

Había una ferocidad transparente en el jinete aun a pesar de que pasaba de los setenta años, una obstinación sin motivo en la forma en que partía con la cabeza el aire batido de nieve, su legendaria melena persiguiéndolo como un búho gigante, los hombros tirados al frente para asegurar la obediencia del potro de los llanos –bajo y musculoso– que montaba a pesar de que podría haber tenido un caballo regular. Reventaba la distancia a una velocidad absurda para un camino helado.

El jinete alcanzó pronto la desviación que lo llevaría a la casa de Barret. No frenó hasta que estuvo frente al portal mismo, como si no hubiera querido llegar,

sino arrollarlo. Descabalgó de un salto. Barret se rascó la cara. ¿Dices que tenía fiebre?, le preguntó a Daklugie. A ver si no se nos muere por necio, respondió el indio.

El gringo dejó su pocillo en la mesa lateral de su mecedora y fue a abrir la puerta. El jinete, agachado, se sacudía la nieve embarrada en la ropa. Estaba dándose palmadas en los mocasines. Primero alzó la cara, luego se incorporó. Era tan bajo que la alzada casi no tuvo efecto. Tenía la boca dura, las comisuras hacia abajo. No era solo que ya había perdido todos los dientes: era un hombre que había matado y había visto matar hasta el hartazgo, un puño cerrado, el fantasma que quedaba de la guerra más larga e hija de puta de todos los tiempos, el último sobreviviente de un baño de sangre que había empezado en Tenochtitlán en 1521: el indio que, finalmente, perdió el último combate por América.

El apache enfocó el ojo derecho en el gringo, el izquierdo hacía años que veía para donde se le daba la gana. Barret era treinta años más joven que él, medía casi medio metro más, no estaba enfermo. Aun así sintió el miedo cerval de siempre cuando el ojo bueno del apache miró en los fondos del suyo. Sonrió de manera forzada. El viejo se lamió las encías pelonas sin devolverle el gesto y sacudió la mano derecha para señalarle que iba a pasar, que se quitara. El gringo obedeció. Dijo: Gerónimo, a manera de saludo. Don Barret, respondió el indio en español mientras avanzaba rumbo a la estufa como si fuera suya. Ahí se quitó el abrigo y lo colgó en una silla que jaló de la mesa.

Desatarse los calentadores que le protegían la parte alta de los mocasines fue más complicado: eran dos tiras de lana roja. Barret le preguntó: ¿Son turbantes militares? Asa Daklugie agregó desde su mecedora, también en español: Eran el uniforme de scout de Chato, y este cabrón que no respeta ni a los muertos los usa para que no se le enfríen las pantorrillas. Gerónimo le dijo algo en apache a su ahijado, que soltó una carcajada. Y luego en dirección a Barret: Chato, indio y scout del ejército de los Estados Unidos durante la Guerra Apache. El superintendente nunca estaba seguro de qué era solo sarcasmo en las conversaciones del viejo, por lo que prefería pasar por cándido: ¿No sería mejor que te los pusieras en la cabeza?, me dice tu sobrino que estás enfermo. El indio se rascó una oreja. Es mi ahijado, dijo, y agregó: Si me los pusiera en la cabeza, no los salpicaría cuando meo. Daklugie se rió, el gringo no. Yo creo que no deberías estar aquí tú, le dijo, tienes fiebre. No se atrevió a tocarle la frente a pesar de que hacía dos meses que se reunían una vez a la semana a esa hora en su casa para trabajar juntos en la autobiografía de celebridad universal y

prisionero de guerra del apache, pero era obvio que el viejo estaba muy enfermo: tenía los ojos rodeados por un círculo rojo y la nariz irritada, estaba amarillo. Quedamos de vernos todos los martes, le dijo el indio. No podemos trabajar así, eres casi ochenta años de viejo, le respondió el gringo. Todos más culeros y más chingones que los tuyos, dijo Gerónimo. El español más bien universitario de Barret no llegaba tan lejos, por lo que se volvió hacia Daklugie, que tradujo: «*All interesting and beautiful.*» Barret sonrió, Gerónimo pensó que era un tarado. El profesor miró al ahijado, le dijo en inglés: Está temblando de fiebre. Es Gerónimo, respondió el otro. ¿Le ofrezco una cama? Luego en español: ¿Traigo el doctor? Daklugie entornó las cejas y, mirando a su tío, le dijo en apache: Que dice el gringo que si te sientes mal puedes descansar, que tu palabra quedaría limpia. Pero es martes. Te vas a poner peor, dice que si quieres te acuestes en su cama y llama al médico. Gerónimo se dobló de risa.

¿No vamos a trabajar?, le preguntó a Daklugie en apache. El profesor dice que no, que no quiere ser responsable de tu salud. El viejo se alzó de hombros y comenzó a enrollarse de nuevo en las piernas los turbantes de Chato. No parecía decepcionado. Asa le dijo al gringo: No va a aceptar la invitación, pero siquiera se va a ir a dormir a su barraca. Quédate aquí, insistió el gringo, llamo para el doctor. El indio, que ya iba de camino a la puerta, ni lo volteó a ver. Le mostró la palma extendida como despedida. Asa Daklugie se quitó la frazada de las piernas, se levantó y se la puso en los hombros al viejo, que la aceptó con una inclinación de cabeza sin rechistar. Era el hijo mayor del jefe Juh, el único ser humano que podía tener gestos de cercanía con Gerónimo sin ser rechazado. Se arropó con ella.

Barret caminó a la ventana y desde ahí lo vio atándose la franela más recio. Se montó al caballo de un salto, como si siguiera teniendo treinta años, y se hizo al camino con la misma violencia con que había llegado. Si se nos muere me van a meter a la cárcel, dijo cuando ya era otra vez una mancha entre la nieve. Asa Daklugie se levantó de su mecedora y se golpeó los muslos con las palmas de las manos. Abrió su morral para sacar su cuaderno de notas. Se dirigió al gringo, que todavía miraba por la ventana. Dijo mientras pasaba las hojas del cuaderno: Más bien te van a dar una medalla, nadie nunca pudo.

Le costó trabajo despertar a los vaqueros de Casas Grandes dos horas más tarde, a pesar de la ayuda del mozo, que había prendido las ascuas y puesto a hervir agua para el café incluso antes de que el comandante se desprendiera de su cobija. Zuloaga notó que, durante el momento tan delicado en que ocho bravos

medio dormidos se alineaban fuera del establo en sus caballos recién ensillados, el mozo terció su cuaco ocupando el flanco sureño del camino para disuadir a alguno al que se le hubiera ocurrido aprovechar la confusión para regresarse. Zuloaga ni le sonrió ni le agradeció nada: no era de los que dejan ver que tiene preocupaciones. Le dijo nada más: Se nos escapó uno.

Ya bien hechos a la brecha, el teniente coronel se dejó alcanzar por el recluta y le dijo: Bien hecho, lo de cruzar el caballo para evitar la estampida, se ve que conoce a los muchachos de su pueblo. El mozo pensó que era una oportunidad para la conversación y se soltó con un si usted supiera que no tuvo más respuesta que un dedo en el sombrero del comandante y la estela de polvo de su caballo mientras adelantaba de vuelta al frente de la tropa.

Camila habría participado en la fiesta del sufrimiento autoinfligido en nombre del ahorro cuáquero si la hubieran invitado, pero instalar la utopía de la leche en el rancho Ezguerra demandaba su expulsión. Despertando se refugiaba en la cocina, para siquiera desayunar en compañía de las criadas que quedaban. Mistress Prudence, para entonces, ya estaba en los corrales. Desde ahí la miraba volver cuajada de mierda, darse un baño frío a jicarazos y meterse al cuarto de los niños, de donde los sacaba para retacarlos de leche y avena en la cocina. ¿Eso desayunan?, preguntó Camila la primera vez que los vio comerse el potaje que su madre les preparaba sin ayuda de Eduviges. Diario, le respondió la cocinera. Pobrecitos, con razón no dicen nada nunca. Luego la mujer montaba a los niños, con un almuerzo de pan, queso y más leche, en un vagón que andaba arrastrando durante toda la faena que se había impuesto para el día: limpiar el tomatal, sembrar calabazas en un baldío, pintar tramos de la casa que el sol iba a descascarar tal vez antes de que llegara el invierno.

El niño grande, vestido como granjerito, iba todo el día detrás de ella y el carrito, auxiliándola con una seriedad resignada. Era el encargado de darles de comer a sus hermanitos. Los tres chiquitos como niños de hospicio: las bocas puercas, las uñas negras, subiendo y bajando del vagón para jugar entre ellos en un silencio inquietante.

Para Camila, verlos pasar rumbo al patio con su ajetreo de fantasmas era, por mucho, el momento de mayor agitación del día. Salía a caminar, escribía cartas interminables que no siempre enviaba, ayudaba en la cocina con la preparación de la cena y se sentaba a comerla antes de que la familia se volviera a juntar en el desayunador con la cara lavada y la lengua de piedra: prefería comer de pie y viendo por la ventana al silencio opresivo de la tribu y el nerviosismo de

Eduviges y su ayudanta, que encontraban impositivos los cubiertos: seguían ganando un salario de mierda y ya no podían ni sentarse a comer como Dios manda. Cuando Héctor y Mistress Prudence se encerraban en su cuarto después de que ella acostara a los niños, Camila los escuchaba conversar, reírse. Se veía las manos, dejaba el libro que estuviera leyendo y se miraba en el espejo.

Los Ezguerra Parlett no iban a la misa en la Soledad –él era demasiado moderno para ser creyente y ella creía en cosas que se cumplían perfectamente trabajando la tierra y dando gracias antes de las comidas–, pero llegaban a las mesas de la Primera Avenida a tiempo para el chocolate y las comptas de los domingos en la tarde.

Camila los había llevado a Janos el primer domingo que pasaron en la región, para que disfrutaran de las pocas horas en que en una comunidad ahogada por la aspereza de su tierra despuntaba cierta expansión de ánimo. La experiencia no había sido buena. El hecho de que se hubieran quedado jugando con los niños afuera de la parroquia sin entrar a misa, el asco con que Mistress Prudence hundió la cucharilla en su compota antes de rechazarla, la sonrisa siniestra con la que recibió y dejó intocado el jarrito de chocolate disuelto en agua fresca, el gustazo de víbora de cascabel con que le arrebató a su hijo mayor el barquillo de cajeta que le había dado una señora, causaron una incomodidad en el resto de los janenses que no ablandó ni siquiera la sorpresa que les supuso descubrir que entre ellos hablaban inglés. Camila no entendía la preocupación de la cuáquera frente al consumo de azúcar, de modo que pensó que nunca más los iba a volver a traer, y no se relajó hasta que los vio subirse de nuevo en la calesa de don Leopoldo cuando empezaron a salir los sotoles en garrafas de barro.

No volvieron a Janos ni al siguiente domingo ni al otro, pero ganó el tiempo: no hay puritanismo que pueda soportar la soledad hercúlea de un rancho al final de Chihuahua. Volvieron a aparecer los domingos en las mesas de la Primera Avenida vestidos en negro y blanco, como si fueran curas y no rancheros. Él con camisa de peto, fedora de alas delgadas, corbatín de lazo, y ella con un traje con tantas enaguas, vuelos y terciopelos que parecía una berenjena echada a perder. Los varoncitos iban vestidos de cuáqueros minúsculos y el bebé en camisola blanca y al gareté. Héctor era el único tarado que mostraba los cachetes y los dientes en una nación de bigotones, ella parecía rezandera de su propio funeral.

Llegaban a los tablonés de la Primera Avenida en la calesa de don Leopoldo pasado el mediodía –Camila tomaba temprano el carretón de los peones y las cocineras para llegar a misa–, se sentaban en una esquina y se comían una sandía de su propio huerto sin compartir ni hablar con nadie. Héctor y Mistress

Prudence tomaban café de su garrafa de minero; los niños, leche bronca también del rancho. Si Héctor tenía algo que discutir con alguien del pueblo, lo hacía al vuelo y dejando sentada a la familia en su rincón de los tablones. Cuando terminaba, se alzaba la punta del sombrero como cortesía única que señalaba que ya se iban. Mistress Prudence a veces sonreía en esa circunstancia, pero a la gente más bien le daba miedo. Cuando se iban, Camila solía decir, ya sintiendo en la nuca el cosquilleo del aguardiente servido en una jicarita de barro, que las tres cositas que le gustaban de su vida se fueron a la mierda cuando desenalijaron su equipaje de santos.

En sus últimos días en Janos, Camila les escribió largas cartas a los tíos que se habían quedado en Casas Grandes, ofreciéndose como institutriz de unos nietos que ya debían proliferar por su casa dado que sus primos habrían crecido y se habrían casado; le escribió al medio hermano de Héctor suplicándole con muchísimo tacto un trabajo en una escuela de la ciudad de la que era regidor; escribió al internado del Sagrado Corazón para ver si necesitaban una asistenta en las aulas de Tepic.

Las respuestas nunca llegaron, o no tuvieron adónde llegar, porque cuando el vecino de Delicias que hacía giras larguísimas por el estado repartiendo correspondencia llegó al rancho Ezguerra al año de la mudanza de Héctor y Mistress Prudence, lo que se encontró fue una casa quemada, unos corrales despedazados, un criadero de coyotes y víboras de cascabel.

Hoy hace exactamente ciento treinta años que Gerónimo se rindió por primera vez, en el Cañón de los Embudos en la Sierra Madre occidental. Se rindió en el estado de Sonora, en México, ante George Crook, general del ejército de los Estados Unidos. Un secretario del general conservó las palabras del indio reconociendo oficialmente su derrota. Dijo: «Antes me movía como el viento, ahora me rindo y eso es todo.» Se entregó acompañado por treinta y seis guerreros descritos por el agregado de prensa del general Crook como «el grupo de seres humanos mejor constituidos que nunca vi».

Escribo esto ciento treinta años después de la rendición de Gerónimo. Estoy en el barrio de Moabit en Berlín. Hace frío, escribo con guantes de lana, las puntas de los dedos al aire, adoloridos. Marzo en las alturas de la Sierra Madre debió ser frío también, aunque no tanto. La terraza donde trabajo mira a un parque recién plantado en lo que era hasta hace muy poco el patio de carga en que se embalaban los fletes de lo que fuera que se produjera aquí: los árboles son jóvenes y el pasto no está tan firme. Hay macetones y cajetes a los que las

plantas, que todavía no reverdecen, les quedan todavía chicas: no han adquirido ese aire salvaje de los demás jardines de la ciudad.

Tal vez Moabit sea el último barrio sin hípsters de Berlín, casi un refugio. Vive todavía de talleres de automóviles, negocios familiares, consultorios médicos y una empacadora de contenedores de ferrocarril gigantesca llamada Bahala Westhaffen, que veo cuando levanto la vista. Es un complejo de grúas y maquinaria pesadísima que trabaja las veinticuatro horas del día: por las noches, iluminada por lámparas de estadio, la empacadora se figura como una distopía de ciencia ficción industrial. No hay tiendas de comida orgánica.

Estoy en Moabit por la razón menos épica del mundo, la menos aventurera y mejor protegida por el estado de las cosas contemporáneo: vine a pasar unos días con Valeria, que prepara una serie de conferencias para la Academia de Arte Contemporáneo de Berlín en una residencia de artistas llamada DZ/U. Tenemos una habitación/estudio más grande que nuestro departamento en Harlem. Los niños se quedaron allá con la abuela. La alcancé los últimos días de su estancia, en plan más bien vacacional, aprovechando una invitación a Frankfurt que acepté solo para estar con ella. Como conozco bien Berlín y ella está terminando sus conferencias y no tiene atención para nada más que hacerlo, leo y llevo mi diario de notas de lectura, pero mayormente doy largos paseos en bicicleta por la ciudad. En las tardes casi siempre me acomodo en un concierto o una obra de teatro, tomo cerveza con amigos –pronto Berlín va a tener más escritores y artistas latinoamericanos que Latinoamérica–, a veces ella me alcanza a cenar. En el parque de Moabit, tan nuevo y pelón, cinco niños de una escuela vecina juegan un partido de fútbol durante su descanso.

Diez meses antes de la primera rendición de Gerónimo, en marzo de 1885, un incidente en realidad sin importancia había propiciado la fuga de los apaches de la reservación de San Carlos, en la que habían pasado dos años confinados en condiciones humillantes e insalubres, pero en paz.

Los apaches eran una nación de montaña y había montañas de Arizona y Nuevo México con minerales valiosos, así que el gobierno de Estados Unidos los había acomodado, a punta de bala, en San Carlos, un peladero repleto de malaria que se extendía alrededor del Cañón de Turkey Creek. El encargado de vigilar su bienestar y permanencia era un oficial incompetente, corrupto y notablemente pasado de peso llamado Britton Davis. Las cosas se le salieron de cuajo cuando trató de castigar a los indios tras una borrachera en la que habían participado los jefes que estaban ahí en ese momento: Naiche, Nana, Mangus, Chihuahua y Loco. Un par de buscadores del ejército gringo llamados Chato y

Mickey Free –Chato era chiricahua, así que era un volteado– habían acusado a Gerónimo de haber propiciado la borrachera, y Gerónimo, que por una vez en la vida se había portado bien pero ya estaba desesperado por recuperar la libertad que su banda solo podía disfrutar en los altos de la Sierra Madre en México, habló con los jefes para convencerlos de que se fueran con él. Salvo Naiche, que era más joven que Gerónimo –tenía unos cincuenta años–, los demás jefes eran gente mayor. Le dijeron que no, un poco a sabiendas de que con ello lo estaban condenando si era cierto que Chato y Micky Free lo habían denunciado. Gerónimo era chamán de guerra, no jefe, no tenía una banda que respaldara su huida, si se escapaba solo con su familia no iba a poder sobrevivir en la Sierra Madre, donde la mayor parte de la comida se obtenía mediante asaltos a los ranchos de Sinaloa. Los jefes ya estarían, como tanta gente en su mundo, hartos de él.

Dos días después de la borrachera y uno tras el consejo en que se discutió y canceló la posibilidad de que los apaches escaparan de la reservación, Gerónimo notó en el horizonte que un grupo de soldados se acercaba –se acercaban por cualquier cosa– juntó a los jefes de nuevo para decirles que venían a detenerlos a todos porque él mismo había matado la noche anterior a Chato y Micky Free. Era mentira: Gerónimo no había matado a nadie y los buscadores estaban reposando sus propias crudas en las barracas del cuartel de San Carlos, pero los apaches le creyeron y volaron. La huida se hizo a pie porque se consideraba una acción de guerra y los cuerpos militares apaches demandaban una movilidad para la que incluso los caballos estaban poco dotados. Todos se fueron juntos a la legendaria velocidad a la que eran capaces de correr, con todo y viejos y niños.

El escape de marzo de 1885 es uno de los momentos cumbre de la historia militar de Gerónimo. Aunque los soldados que iban hacia Turkey Creek no iban en plan de guerra, cuando llegaron a San Carlos la reservación ya estaba vacía, así que Britton Davies reforzó su caballería con más hombres de los que disponía regularmente y se hizo al monte a perseguir a los indios en caliente.

Los jefes apaches, con Davis y sus hombres encima y a la vista, se separaron en pequeñas bandas. Chihuahua, el que tenía más jerarquía entre todos en ese momento, le encomendó a Gerónimo, tal vez a manera de castigo, que él se llevara a los niños e hiciera con ellos una maniobra de distracción. La orden demandaba, claramente, un sacrificio: Gerónimo tenía que ganar unas horas para que los demás chiricahuas se pudieran escapar. Si lo atrapaban lo regresarían a la reservación y el resto de la gente ya estaría a salvo, si conseguía escapar –

Chihuahua no se lo hubiera encargado si no hubiera pensado que estaba dentro de sus posibilidades—, los alcanzaría luego en el santuario de la Sierra Madre.

En una operación sin precedentes por su virtuosismo, el chamán de guerra consiguió que fuera su rastro el que siguieran los soldados, y los tuvo dando vueltas de norte a sur y de este a oeste no durante las horas que hubieran bastado para que los demás se perdieran en los montes, sino durante veinticuatro días y 750 kilómetros —todo a pie, siempre acompañado solo por los niños de la banda.

Cuando estuvo seguro de que el resto de los chiricahuas ya estaría en México, tomó rumbo al sur por una ruta de roca sólida en la que no quedaría rastro de su paso. Los militares gringos, que estaban convencidos de estar persiguiendo a un comando letal de guerreros y no a tres o cuatro decenas de niños comandados por un abuelo, tuvieron que reconciliarse con la idea de que sus enemigos habían ganado otra vez.

Las habilidades militares de los apaches eran tan radicales que sus historias, sobrevivientes en los registros de sus perseguidores, en la prensa que reportaba aterrada sus actos y en las entrevistas que los niños de Gerónimo dieron a los antropólogos de los años treinta del siglo xx, siempre tienen algo de sobrenatural. Esa huida de Gerónimo muestra el énfasis que ponían en ciertos procedimientos de supervivencia. No es, por supuesto, que aguantaran lo que fuera, como cuenta la mitología que les hemos inventado, es que en ciertos contextos los apaches eran invencibles, y uno de ellos era la huida.

A principios del siglo xix, cuando el equilibrio de fuerzas entre apaches y mexicanos se inclinaba hacia los primeros, no era raro que algún gran jefe juntara una caballería capaz de desafiar y derrotar a la mexicana en batalla abierta. Mangas Coloradas fue el último jefe capaz de movilizar a un genuino ejército apache. Las siguientes generaciones, la de Victorio, la de Cochís, la de Nana y Chihuahua, la última, que fue la de Juh, Gerónimo y Naiche, tuvieron que desarrollar habilidades de guerra distintas porque la población de los chiricahuas, eternamente en guerra, no podía competir con la de los mexicanos y estadounidenses, cuya capacidad para renovar cuerpos armados era infinita.

Los apaches fueron los guerrilleros perfectos después del asesinato de Mangas Coloradas: sus vidas estaban enfocadas, del desayuno a la cena, en desarrollar la habilidad para atacar en grupos pequeños y huir con destreza. Nunca caían sobre un grupo de enemigos que podría haberlos vencido en combate franco, nunca nadie los encontraba después del ataque. Es cierto que la velocidad a la que un apache podía cruzar una cordillera era asombrosa y que tenían una resistencia

corriendo solo igualable a la de los rarámuris, pero su mayor habilidad no era esa, sino la de borrar sus propias huellas y mimetizarse en el entorno.

Los veinticuatro célebres días de huida de Gerónimo hablan de una capacidad sin precedentes ni consecuentes para desplazar a un grupo de personas por el desierto, pero sobre todo de una habilidad única para esconderlos, para sembrar pistas equívocas, para aplanarse contra el suelo a centímetros del sitio que hoyan los cascos de los caballos enemigos. Un apache –guerrero, adolescente, niño o abuela– era una máquina de guerra: no todos peleaban, pero todos sabían cómo comportarse para que los guerreros pudieran hacer su trabajo alrededor de ellos. Los niños apaches no lloraban, las abuelas apaches sabían quedarse perfectamente quietas durante horas, sentadas detrás de un órgano o confundidas con una piedra. Los chiricahuas eran como los futbolistas de nuestros días, que desarrollan habilidades inverosímiles porque absolutamente todas las acciones que ejecutan en un día desde que tienen siete u ocho años están enfocadas en su especialidad.

En el jardín joven y más bien horrible que veo desde la terraza en la que escribo hay unos niños así, con una habilidad extraordinaria para jugar futbol. Deben pasar la tarde en una clínica, igual que pasan su descanso jugando con un balón en el parque. No saqué mi cuaderno para anotar la lectura de anoche sino para escribir sobre esos dos niños extraordinarios algo que tal vez se convierta en un artículo, en una nota para algún otro libro futuro, un guión.

Hay dos grupos acompañados por una maestra y una asistente. Las niñas no juegan un juego específico, o juegan uno imposible de identificar: debe haber grandes escenarios en sus mentes, imposibles de divisar para quien no participa en lo que quiera que hagan. Se desplazan de un lugar a otro del parque como un grupo compacto, hablando entre sí. Van de los columpios a lo que será un vivero cuando mejore el clima, del vivero a las bodegas abandonadas de la antigua empacadora. Los niños juegan futbol en el prado. Solo uno no participa y está sentado en una banca de cemento con la maestra y la asistente. Habla con ellas, pero no de manera intensa como van hablando las niñas entre sí, sino muy suelta, más o menos atento al partido. Los otros cinco son de su edad, deben tener todos ocho o nueve años, son mayores que Maia, mi hija más chica, menores que Dylan, el hermano que le sigue. Son niños berlineses: un coctel genético admirable que viene de todos lados. Juegan en dos equipos.

De un lado hay tres entre fornidos y con sobrepeso, más grandes de estatura, también, que sus contrincantes. Uno es un gigantón de anteojos y clara ascendencia oriental, el segundo es muy alemán. El tercero, que es el de menor

estatura pero tiene un peso similar al de los otros y por tanto se ve menos atlético, tal vez sea de origen árabe, aunque, considerando la ciudad en la que estoy, es muy probable que venga de una familia turca. En el segundo equipo solo hay dos niños y más bien escuálidos. Uno es europeo del norte, seguramente alemán también: rubio rubio y largo largo. El otro podría ser hijo de palestinos, latinoamericanos o portugueses y es minúsculo: moreno, fino de extremidades, muy expresivo. Carga con tantos mestizajes que ya no se reconoce qué es.

Nada revela la brutalidad de la historia como esos niños jugando futbol en un jardín público de Moabit un miércoles al mediodía. El equipo de dos tiene lo que se necesita para sobrevivir en la cancha: la gracia, el ingenio, la ligereza y la capacidad de articulación de frases futbolísticas largas que viene del entrenamiento constante. Deben jugar en la misma clínica por la tarde.

Tanto el jugador alto como el finito saben perfectamente lo que están haciendo y lo hacen con naturalidad: se desplazan con el balón cosido a los zapatos tenis, saben jugar de espaldas y aguantar quietos hasta el momento en que hay condiciones para picar y correr, volverse letales. Aunque son físicamente más frágiles, tienen sentido del equilibrio, saben extender los brazos cuando miran hacia el suelo y pegarlos al cuerpo cuando tienen que alzar la cabeza, pasan entre los grandes acarreado el balón sin caerse, combinan, meten goles. Los grandes, que están más empeñados que ellos en el partido, cuando mucho les estorban, sueltan balonazos con más optimismo que puntería. Los más chicos recuperan el balón, vuelven a acarrearlo a la portería contraria con intercambios de lirismo notable, lo clavan otra vez en el arco imaginario: dos pilas de mochilas y suéteres.

Después de cuatro o cinco goles de la pareja mejor entregada, los fortachones tienen un momento de lucidez. Corren en un grupo cerrado protegiendo el balón con su peso en una jugada que parece más de rugby que de futbol, pero funciona. Cuando alcanzan la altura del campo en que el gol ya es una inminencia, el niño que platica con la maestra y la asistente corre a la portería. Ataja el disparo con concentración melancólica, como un mártir viendo, por fin, a su dios. Resultó que sí estaba jugando, que era el portero, pero el virtuosismo de su equipo era tal que no lo necesitaban.

Durante los años largos y despiadados de su extinción, los chiricahuas vivían del saqueo, prisioneros de una fiebre destructiva que devastó todo el norte de Chihuahua y Sonora y el sur de Arizona y Nuevo México. En ese periodo bañado de sangre y agujereado de plomo, robaban, además de ganado e insumos

que no podían producir en su condición de nómadas serranos, tantos niños como podían. Siempre que los ejércitos de México o Estados Unidos se enfrentaban a ellos con fortuna, rescataban a un grupo nutrido de mujeres y menores de edad que luego repatriaban. A las mujeres los apaches las secuestraban, claramente, como rehenes: las intercambiaban, cuando podían, por las suyas propias antes de que fueran enviadas a los conventos del interior de México para ser entrenadas como criadas y vendidas como esclavas de facto.

Los niños recibían otro tratamiento. Apenas los capturaban, solían desnudarlos, atarlos a una estaca cubiertos de grasa de burro y dejarlos al sol, para que se volvieran morenos. Los dejaban largo tiempo sin comer, como si los estuvieran limpiando por dentro –el proceso de adaptación no era grato–. Cuando ya estaban prietos y al borde de la muerte por inanición, se los asignaban a alguna abuela, que los acostumbraba lentamente a su nueva dieta y les enseñaba a comunicarse en apache. Les endurecían el carácter sometiéndolos a pruebas brutales y al escarnio de los demás niños si no podían imponerse. Cuando consideraban que ya estaban más o menos adaptados, los entregaban a una familia en la que los trataban exactamente igual que al resto de los hijos naturales de los padres.

Es cierto que el crecimiento de un niño apache era infinitamente más duro que el de un criollo o un gringo porque el entrenamiento militar de los guerreros comenzaba desde los seis o siete años, pero también es cierto que todos los mexicanos y estadounidenses que convivieron un periodo con los chiricahuas coinciden en apuntar, en todos los testimonios que dejaron, que lo más notable que tenían los apaches como cultura era la cantidad de tiempo y atención que les prodigaban a sus hijos. El jefe Nana, aterrador fuera de la comunidad chiricahua, era recordado por los niños apaches que años después entrevistó Eve Ball como un viejo dulcísimo y un payaso memorable, que se demoraba contándoles historias mientras sus padres estaban ocupados.

Una infancia apache tiene que haber sido, con todo, estupenda: los niños cautivos solían esconderse en la montaña cuando llegaban los soldados mexicanos o gringos, para evitar que los rescataran. En las ocasiones en que los descubrían y devolvían a sus padres, era común que huyeran de nuevo al monte a reencontrarse con su nación electa.

Quién sabe cuántos de los treinta y seis guerreros perfectos que se rindieron con Gerónimo hayan sido apaches puros, si ser apache hubiera sido un asunto de exactitud genética y no de desarrollo muscular y capacidad de supervivencia. Algunas fuentes históricas mexicanas insisten en una leyenda: que el jefe

Victorio, que asoló Chihuahua y Nuevo México en los años setenta y ochenta del siglo XIX, era un niño mexicano cautivo, secuestrado por la banda de Mangas Coloradas. Basta ver la única y célebre foto que existe de Victorio para notar que no podía ser más apache: tenía los pómulos largos y angulosos, la nariz de águila, el rictus de los labios inclinado hacia abajo, el mentón cuadrado, el cuello corto y el pecho de barril. La insistencia del rumor, sin embargo, sugiere que los casos de niños cautivos que llegaban a guerreros conocidos era común. En este contexto, haber nacido mexicano, gringo o chiricahua daba exactamente lo mismo. Ser apache no era un asunto de sangre, sino de lengua y resistencia, de vigor, de virtuosismo y genio en la hora del combate y el escape, de simplemente desconocer la idea de que era posible, o tal vez más exacto, creíble, rendirse.

La rendición de Gerónimo en el Cañón de los Embudos hace ciento treinta años fue solo simbólica. El grupo de guerreros que regresó a la reservación de San Carlos siguiéndolo se fugó de vuelta a la Sierra Madre en México varias veces. El general Crook sabía que mientras los chiricahuas pudieran volver a su santuario en Sonora lo harían, pero estaba urgido de un triunfo político que lo ayudara a mantener su endeble posición como comandante general de la guerra contra los apaches en el suroeste de los Estados Unidos. Por el lado de Gerónimo, la legendaria rendición del Cañón de los Embudos fue un recurso político y un acto solo personal. Se rindió porque los soldados gringos ya habían secuestrado a su familia y a la de muchos otros guerreros y porque estaba consciente de que aunque podían seguir asaltando pueblos y ranchos, el acecho del ejército mexicano, siempre más cruel, ya rascaba la punta de las montañas. Los gringos no eran un vasito de agua, pero vivir con ellos suponía solamente la miseria y el confinamiento de la reservación, no la muerte. Los mexicanos, que habían peleado una guerra más bestia y larga contra los apaches, estaban haciendo una campaña racional y sistemática de exterminio.

Los chiricahuas deben haber estado ya desesperados cuando Crook ofreció una rendición que no implicaba muertos. En el santuario de la Sierra Madre los apaches tenían la libertad de movimiento y decisión que fue siempre el combustible de su vitalidad como civilización, pero el acoso de los mexicanos les impedía cultivar en las tierras bajas y sus campamentos estaban muy altos para cosechar comida silvestre. La montaña les daba agua, sombra y pastos para el ganado que saqueaban de los ranchos de Sinaloa, pero no entregaba los suplementos que formaban la verdadera base de su cocina: no había maíz, no había flores de yuca ni frijoles de acacia, no había raíz de maguey ni calabazas. Y sabían que tarde o temprano el territorio de su santuario iba a ser reclamado

por la República insaciable que quién sabe en qué momento decidió que tenía que gobernar cada milímetro cuadrado del territorio inmenso en que estaba asentada, como si hubiera necesitado los altos impenetrables de la Sierra Madre –no los necesitaba: siguen vacíos.

La rendición del Cañón de los Embudos fue, entonces, una medida de supervivencia típica de la mente estratégica de Gerónimo, otro gesto virtuoso: una concesión política momentánea que le permitía mantener reunida a la mayor parte de su gente. Se recuerda como un momento central en la historia de la Guerra Apache no porque haya sido definitivo, sino porque el fotógrafo Camillus Fly –Camilo Mosca, hágame el favor– retrató el instante preciso en que Gerónimo le dijo al militar gringo una frase tan rota y triste que no hay manera de perdonárnosla aunque los chiricahuas fueran un genuino terror: «Antes me movía como el viento, ahora me rindo y eso es todo.»

Gerónimo era un hombre elocuente; en sus muchas rendiciones, en ese libro fabuloso y terrible que son sus memorias dictadas a S. M. Barret, en sus conversaciones registradas en transcripciones con el presidente Theodore Roosevelt –que creo que simpatizaba genuinamente con él–, mostró una y otra vez que el vuelo lírico de sus discursos no era bajo. Era un hombre de armas y montaña, pero también un orador sofisticado. La frase de su rendición ante Crook comienza en un tono elegíaco sobre la forma de vida de su comunidad, tal como debieron comenzar las alocuciones que hacía frente a los guerreros cuando los preparaba para el combate o ante los niños cuando les contaba las historias de Coyote: el Ulises de los apaches. Es curioso, en cualquier caso, que sea siempre la primera parte de la frase de la rendición la que se cita: «Antes me movía como el viento», cuando lo que importa es la segunda, el momento en que la sentencia se desmorona, representando el final abrupto de una forma de vida. «Ahora me rindo y eso es todo.» Es una frase que se cae, como el sol rapidísimo de los trópicos, como un águila perforada por el plomo de un imbécil, como Cuauhtémoc, el primer gran militar americano que se rindió frente a un blanco: «Águila en caída», «Sol que cae», quería decir su nombre. Un final no demanda elaboración: «Ahora me rindo y eso es todo», las palabras de un hombre serio.

Un chamán, según Lévi-Strauss, es una persona que tiene una relación concreta con el lenguaje, porque cura utilizándolo como herramienta y medicina. Lo que para nosotros son palabras, para un chamán es un bisturí: algo que hiende y reorganiza lo que hay en el mundo, algo que corta y ata, un fenómeno con poder sobre los demás fenómenos, algo de verdad sagrado. Lévi-Strauss dijo en

su *Antropología estructural* que para los científicos el problema con los chamanes es que sí curan.

La lengua de un hombre como Gerónimo no servía para describir la realidad, sino para transformarla. Decir: «Ahora me rindo y eso es todo» es reconocer que lo que sigue es una pared que ya no se puede saltar, que se acabaron las variaciones porque ya llegamos al carajo. «Nuestra herencia», dijo un cronista anónimo tras la caída de Tenochtitlán en 1521, «es una red de agujeros.» Hay una curva de trescientos cincuenta años entre ambas frases. A Gerónimo le tocó reconocer que la red de agujeros ya se había terminado también, que su gente estaba prendida por los puños de sus últimos hilos: pertenecía a un anacronismo, una nación que se descubre del lado equivocado de la red, una nación pendiente, colgada apenas del mundo.

Abrió los dedos porque no podía hacer nada más, pero no se rindió de verdad. No era cierto que se estuviera rindiendo, estaba haciendo algo más grave y hermoso. Declarando el fin de algo gigantesco que había empezado cuando el primer asiático vio América del Norte y le pareció que estaba bien: América no tiene ni siquiera su propio nombre. Su cortedad es un gesto de resistencia cuando ya no queda nada, cuando la tierra que uno pisa ya se llama de otro modo. Decir que «eso es todo» es decir: Mi silencio es tu maldición.

Quién sabe si alguno de los niños alemanes que vi jugando con tanto brillo y pulmón en el parque de Moabit va a terminar jugando en un equipo profesional, si será campeón del mundo. Los derrotados, a los que sometían de manera tan festiva e inspirada, van a tratar de joderlos para que no lleguen, y si llegan, ellos van a ser los directivos de su liga, sus abogados, sus banqueros, sus dentistas, sus presidentes. Les van a joder la vida y al final se van a quedar con su dinero, van a medrar con su fama, van a cortar la red y cuando caigan van a obligarlos a que les agradezcan algo. Eso va a ser todo. América, América, eso es todo.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© Álvaro Enrigue, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3983-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es